

CUADRO

Un gabinete muy reducido en un *appartement meublé* de París. Ventana al foro; una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA UNICA

VICTORIA é HIPÓLITO.

(HIPÓLITO sentado, con gabán y el sombrero sobre una mesa. VICTORIA de pie, con sombrero, mirando por la ventana.)

HIPÓLITO

¿No deja de llover?

VICTORIA

Cae un buen chaparrón, de los de París en verano.

HIPÓLITO

(Asomándose también á la ventana.) Llueve mucho... y no es tempestad. Está muy cerrado.

VICTORIA

Ya no podemos comer al aire libre en los Campos Eliseos como habíamos proyectado. ¡Qué lástima!

Me quito el sombrero... hay para rato; y si no cesa, comeremos aquí. ¡Qué fastidio de lluvia! Me divierte tanto comer en los Campos Eliseos los dos solitos, como una parejita de enamorados, entre provincianos y extranjeros, que al vernos, y al ver otras parejitas por el estilo, es decir, por el estilo no, pensarán asustados... ¡Qué París éste! Y oír la música de los cafés conciertos... y respirar el ambiente de *boudoir* perfumado, que satura el ambiente de París en estas noches de verano. Es delicioso París en verano. Nunca habíamos estado aquí más que en invierno. En verano, no era *chic*. ¡Tantas cosas no eran *chic*!

HIPÓLITO

Entonces no era un acontecimiento comer en los Campos Eliseos, en un *restaurant* á 3,50.

VICTORIA

Pues mira, yo no creí que por tres francos pudiera comerse tan bien. ¡Es un milagro!

HIPÓLITO

¡Pobre Victoria! Quieres aparentar una serenidad que no sientes.

VICTORIA

No la siento, porque te veo de continuo triste y preocupado.

HIPÓLITO

Y ¿por qué estoy triste? Porque te veo sufrir en silencio, y esforzarte por parecer dichosa en esta vida de angustias y de privaciones.

VICTORIA

Que tú no sabes sobrellevar; por eso sufro.

HIPÓLITO

No, yo sufro por tí.

VICTORIA

¿Por mí sólo? Entonces acabó mi tristeza y también la tuya. Porque yo soy feliz; más feliz que nunca.

HIPÓLITO

¿No me engañas, Victoria?

VICTORIA

¿No me engañas tú? Y ¿por qué no has de sentir como yo siento, si ahora más que nunca es una nuestra vida? Y yo, créelo, soy dichosa. No me parece esto una vida distinta á la de antes; me parece... la vida; la verdadera vida... vida nuestra; con el pensamiento claro, y el corazón limpio; sin sombras mentirosas... Ahora son verdad las tristezas y son verdad las alegrías.

HIPÓLITO

Sí, bien dices; si nunca he sentido esta quietud; si nunca he deseado menos volver á una existencia activa.

VICTORIA

No; bastante has luchado.

HIPÓLITO

Porque en lucha he vivido siempre; porque viví desde muy joven en otras tierras donde la lucha es ruda y franca. ¿Por qué vinimos á Europa? En América el hombre significa algo; es una fuerza, una garantía... se lucha, sí, pero con primitiva fiereza; cae uno y puede volver á levantarse; pero en esta sociedad vieja, la posición es todo, el hombre nada... vencido una vez, es inútil volver á luchar. Aquí la riqueza es un fin, no un medio para realizar grandes empresas. La riqueza es el ocio; allí es la actividad. Por eso allí el dinero da triunfos, y aquí, desastres... Pueblos de historia, de tradición; tierras viejas, donde sólo cabe, como en las ciudades sepultadas de la antigüedad, la excavación, no las plantaciones de nueva vegetación y savia vigorosa.

VICTORIA

¿Ves cómo te pesa esta quietud? Te exaltas á pensar tuyo.

HIPÓLITO

No, si tú me aseguras que vives dichosa; si no veo en tu tristeza una acusación...

VICTORIA

¡Hipólito! ¿Cómo has de creerlo? Si lo que antes era indiferencia ó fastidio, es ahora un goce más de

la vida. ¡Nuestras fiestas! ¡La gente risueña á nuestro alrededor!... Alegría que ni era suya ni era nuestra; que venía de fuera; del dinero gastado á manos llenas; de las luces, de las flores, del banquete espléndido... ¿Qué quedaba de todo aquello? Bien lo hemos visto. En tanto tiempo, ni una carta; ni un recuerdo de un amigo. Manuel, á quien salvaste de la ruina; su esposa, su hija, nadie, nadie. Sólo aquella pobre muchacha que sirvió en nuestra casa se acuerda de nosotros, y no deja pasar santo ni día señalado sin felicitarnos. Esa pobre gente es más agradecida.

HIPÓLITO

¡Sí; esa pobre muchacha tiene la virtud práctica... Sabe que cada recuerdo le vale un regalito...

VICTORIA

Es que los otros, ni siquiera nos juzgan capaces de ser agradecidos al recuerdo.

HIPÓLITO

No quiero acordarme de nadie. Ni los periódicos de allá quisiera leer... Pero los leo y á veces...

VICTORIA

¡Déjalo! ¡Una señal!

HIPÓLITO

¡A ver! ¡Mira si se acuerdan de nosotros! Es la noticia de la boda del hijo de don Fermín Antón con Anita.

VICTORIA

¡Déjame! ¡Se han casado en su casa!

HIPÓLITO

¡En nuestra casa! ¡Oh! Aquí el cronista nos dedica un recuerdo... Sí. "Los opulentos americanos que tanto ruido..."

VICTORIA

Ruido... eso.

HIPÓLITO

"Una fortuna locamente derrochada..."

VICTORIA

¡Eso, sí; locamente!

HIPÓLITO

"Esos meteoros..." ¡Qué ingenio! ¡Ah! Y luego alude al asunto de las cartas... Y luego...

VICTORIA

Supone... que nadie sabe lo que habrá sido de nosotros; y "se asegura que el matrimonio se ha..." ¡Oh! ¡Separado! ¿Separado nosotros?... ¿Oyes esto? ¿Lo ves? (*Abrazándole.*) Separados... No, eso no. Todo fué pasto de vosotros; nuestra reputación, nuestra fortuna... nos habéis arruinado, calumniado; os burláis de nosotros, pero separarnos... Eso quisierais. ¡Ah! Si nos vieran felices, unidos... más unidos que nunca... entonces sí que no nos perdonarían!...

HIPÓLITO

Pero nosotros les perdonamos. No contaban ellos con que habíamos salvado de la ruina nuestra conciencia.

VICTORIA

Y nuestro cariño.

CAE EL TELON

SIN QUERER

SIN QUERER

PERSONAJES

LUISA, PEPE, D. MANUEL.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

LUISA, *la* DONCELLA y *después* PEPE.

DONCELLA

¡Señorita Luisa, señorita Luisa!

LUISA

¿Ha subido?

DONCELLA

Sí.

LUISA

¿Por la escalera de servicio? ¿No le ha visto nadie?

DONCELLA

Por la escalera de servicio. Cómo se conoce que la señorita no está acostumbrada á estas cosas...
¡Para llamar más la atención!...

LUISA

Es verdad; los porteros le conocen; y, sobre todo,

con que papá no le vea... Corre, que pase, y ten mucho cuidado; en cuanto salga mi tío de hablar con papá, nos avisas...

DONCELLA

Descuide usted.

LUISA

Y no vayas á decir á nadie...

DONCELLA

¡Señorita! Porque me haya usted oído contar más de cuatro cosas que ha visto una... Tratándose de usted ya sé que esto no será ninguna trapisonda, aunque lo parezca.

LUISA

Por supuesto... Ya lo sabrás... Anda, no hagáis ruido al pasar por el gabinete. *(Sale la DONCELLA. A poco entra PEPE.)*

PEPE

¡Luisita!

LUISA

¡Chist! No digas nada, no levantes la voz, no te muevas... Tenemos que hablar; siéntate. No dejes el sombrero, no fumes... ¡Uf, qué humo! No dejes ahí el cigarro. Siéntate, hombre, siéntate. Ya supon- drás por qué te he llamado de esta manera...

PEPE

Sí; supongo...

LUISA

No supones, lo sabes... Sabes que mi padre y el tuyo conferencian en este momento.

PEPE

¿En este momento?

LUISA

Sí, se han encerrado en el despacho. Y era urgente, preciso, que nosotros nos viéramos antes á solas, con toda libertad, para ponernos de acuerdo... Nuestros padres deciden allí; pretenden decidir de nuestro porvenir, disponer de nuestro corazón... Ya estás enterado; quieren casarnos.

PEPE

Sí, papá siempre me estaba diciendo: "Las bodas deben hacerse en familia; hay más probabilidades de acertar... En nuestra familia hay excelentes muchachas; debes fijarte en una de tus primas." Pero la verdad, como sois veintitantas en la familia... era imposible fijarse...

LUISA

Papá estaba siempre con la misma canción; pero como el único primo casadero de la familia eres tú, cuando papá me decía: "Debes casarte con uno de tus primos", ya sabía yo que el primo eras tú. Comprende que hay mucha diferencia de poder escoger entre veintitantas á no tener dónde escoger... Pero, aparte de eso, la idea de nuestros padres es ridícula. ¿Por qué nos hemos de casar nosotros? ¿Me quieres

tú á mí? ¿Te quiero yo á ti? Es decir, nos queremos... así, como buenos parientes... y eso es lo malo; mejor sería que no nos quisiéramos nada; yo creo que me sería más fácil quererte mucho de pronto no habiéndote querido nunca nada... Pero pensar ahora: "¡Ea!, voy á quererle más, debo quererle más." ¿Por qué voy á quererte hoy más de lo que te quería ayer? Y, francamente, queriéndote hoy como te quería ayer, es un disparate que piensen que nos casemos mañana.

PEPE

Sí, es expuesto.

LUISA

Y vamos á ver, ¿qué te ha dicho tu padre? Supongo que antes de decidirse á hablar con el mío seriamente te habrá dicho algo.

PEPE

Me ha dicho lo que me dice siempre que se enfada conmigo, cuando le pido dinero, cuando paga mis cuentas: "Ya es hora de que acaben las locuras." Papá llama locuras á las cuentas de 500 pesetas para arriba... Ya ves, esan son locuras del sastre, del camisero... "Es preciso que pienses en casarte..."

LUISA

Eso es; cuando el señorito da guerra en casa...

PEPE

Y tu padre, ¿cuándo piensa en casarte á ti?

LUISA

¡Ay! Siempre que nos toca el turno del Real y le obligo á dejar su partida de tresillo. Lo que es las noches de tercer turno, no le importaría verme casada con cualquiera. Y en papá se comprende ese afán... Viudo, con sus ocupaciones... Yo no puedo soportar á las ayas, ni á las señoras de compañía; así es que vivo sacrificada, porque papá sólo se presta á acompañarme al teatro Real; eso sí, las noches que cantan *La Walkyria*. ¡Me da una lástima!

PEPE

Sí, tú, la verdad, sola con tu padre desde muy niña, ya debías haberte casado...

LUISA

¿Ya? No dirás tú como papá, que me estoy pasando...

PEPE

¡Qué disparate!

LUISA

No; es que como me pusieron de largo muy pronto, porque di un estirón á los catorce años, la gente cree que tengo más edad. Pero tú sabes...

PEPE

¡Ay, si lo sé! Soy un viejo comparado contigo.

LUISA

Viejo, no; pero no estás para perder el tiempo. Nuestros padres tienen razón; debemos casarnos.

pero cada uno por su lado. ¿No te parece? No es que yo sea romántica (en toda mi vida habré leído dos novelas), ni que yo sueñe con ideales, ni con príncipes encantados; pero estas bodas, arregladas en familia, me parecen bodas de interés, de conveniencia... Un poco de poesía nunca está de más... Sobre todo, que nosotros se puede decir que no nos conocemos. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Qué sé yo de ti? Ni me ha importado nunca saberlo. ¿Sabes siquiera si yo he tenido algún novio?

PEPE

No, que yo sepa, y hemos ido juntos alguna vez á bailes y hemos pasado juntos todo un verano.

LUISA

Pues entonces tenía yo novio, ya ves, y ni siquiera te enteraste; eso prueba lo que te importaba.

PEPE

¡Ah! sí, aquel majadero... ¿Cómo había de importarme?

LUISA

Pues si me hubieras querido como pariente siquiera, debía haberte importado que yo tuviera relaciones con un majadero.

PEPE

Estaba seguro de que tienes demasiado talento para conocerlo y no casarte con él...

LUISA

Muchas gracias, pero sigues equivocado; estaba

enamoradilla de él, y él de mí, no se diga; y si vieras, cuando un hombre se enamora de verdad, qué difícil es distinguir á un majadero de un hombre de talento...

PEPE

No es verdad; un tonto no puede querer como una persona de talento, ni se le puede querer lo mismo.

LUISA

¿Por qué no? Mira, á las mujeres lo que nos haga es que por nuestro cariño se transformen los hombres en otros. El cariño es siempre revolucionario, y para el caso lo mismo da que diga la gente: "Fulanito, que era tan simple, cómo se va avisando desde que usted le quiere." O que diga: "Menganito, un hombre de tanto talento, ¡qué tonterías hace desde que se ha enamorado de usted!" Por eso yo no me casaría con un santo... ¿Qué iba yo á cambiar en un santo? Pero un hombre, así... algo extraviado... que se dejara convertir poco á poco. ¡Qué bonito! Querer á un hombre, casarse con él y, al poco tiempo, que aquel hombre sea otro hombre...

PEPE

Un marido de gran espectáculo, con mutaciones.

LUISA

Ahí tienes lo que me parece imposible contigo: porque tú no eres bueno ni malo, no tienes grandes defectos ni grandes virtudes. ¿Estoy equivocada?

PEPE

¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA

No; me parece que contigo no hay sorpresas...

PEPE

¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA

¿De veras? ¿No eres lo que parecen?

PEPE

¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA

¡Ay! No seas pesado; dime ese secreto...

PEPE

Si yo no tengo secretos; digo, ¡quién sabe!, porque yo no sé nada.

LUISA

Pero tú, ¿no has querido nunca?

PEPE

Alguna vez.

LUISA

¿Novia formal?

PEPE

No, muy loca.

LUISA

Digo, pensando en casarte.

PEPE

Pensándolo mucho.

LUISA

¿Y por qué la dejaste?

PEPE

Porque me enteré de que quería á otro.

LUISA

Entonces di que la que te dejó fué ella.

PEPE

No, ella no quería dejarme; estaba también por las mutaciones, pero por otro sistema.

LUISA

¿Y sentiste mucho aquel desengaño?

PEPE

¡Ya lo creo! Fué cuando pasé aquella temporada en París para distraerme.

LUISA

Sí, es verdad. Vaya, vaya, pareció la novelita.

PEPE

Cuando tío Ramón fué á buscarme, comisionado por papá, porque le habían dicho que yo tenía allí amores.

LUISA

¡Qué gracioso! Con una francesa... Y tío Ramón, quieras que no, te trajo de una orejita...

PEPE

A mí, no; adoptó el sistema más práctico, se la trajo á ella... En el teatro Japonés la tienes cantando.

LUISA

¡Pobrecito! Todas te dejan... Debes tener el corazón destrozado...

PEPE

No lo creas, fortalecido. Mis equivocaciones en la vida han sido engaños, no desengaños, y no me han entristecido ni me han vuelto desconfiado siquiera. Mi corazón está abierto de par en par.

LUISA

Esperando el cariño soñado, el ideal... ¿No es eso?

PEPE

Yo nunca he creído que el cariño... el amor, en el lenguaje poético, sea la felicidad por sí solo; nos lleva dulcemente de la mano hasta la entrada; pero después el camino es penoso, y el amor, débil niño, tiene que transformarse en algo más serio, más fuerte, para seguir adelante, en deber, en sacrificio...

LUISA

Está muy bien eso que dices... ¡Primera sorpresa!

PEPE

¡Bah! Tantas sorpresas podía darte, y tú á mí, y los dos á nosotros mismos... ¿Qué sabemos de la vida? ¿Cómo nos han educado? Con el sistema de

los padres en España: de considerar á los hijos siempre como chiquillos; yo, en mi casa, soy siempre Pepito; tú, Luisita, siempre para tu padre: dos chiquillos de quien sólo se espera alguna travesura, de quien nada se toma en serio; nuestros caprichos, más ó menos discutidos, satisfechos siempre; niños mimados por nuestros padres, mal dispuestos á ser maltratados por los demás en la vida. Cuando empezamos á vivir por nosotros mismos, pecaremos de osados ó de tímidos, no sabremos ir con la tranquila seguridad que da la confianza en sí mismo, porque nuestros padres nos han dicho: "No seas así", ó "Debes ser así"; pero "Así eres", nunca. Yo no sé cómo soy, y á ti te pasará lo mismo.

LUISA

Tienes mucha razón. No nos enseñan á conocerlos. Y ahora, porque á nuestros padres se les antoja que todo se quede en casa, porque nos juzgan además incapaces de elegir por nosotros mismos, nos dicen, sin más ni más, á "casaros", y, de buenas á primeras, novios un par de meses, y asunto concluido, y después desgraciados para toda la vida... Si no estuviéramos de acuerdo para oponernos... Yo te confieso que no seré la primera en decir que no; tú debes ser quien...

PEPE

Me opondré.

LUISA

Dices que soy muy buena, muy bonita, todo lo que

quieras, pero que no soy la mujer soñada... Tú tendrás tu ideal, como todo el mundo. A propósito, ¿cómo es tu ideal?

PEPE

¿Mi ideal? ¿Para mujer propia? Vas á reírte.

LUISA

¿Rubia? ¿Morena? ¿Alta? ¿Bajita?

PEPE

No lo sé. Va vestida de gris; es lo único que puedo decirte.

LUISA

¡Qué chifladura!

PEPE

Como en un cromo inglés que vi hace muchos años: una de esas escenas plácidas de pintura inglesa; una muchacha vestida de gris, que preparaba el *pudding* de Navidad, y á su lado, sentado, un joven, el esposo ó el prometido, y alrededor unos gatitos, y en el fondo unos viejos leyendo la Biblia; y al otro lado, por una puerta abierta á un jardín, unos niños muy rubios, jugando. Había no sé qué en aquel cromo, la escena, el color, un tono general que lo envolvía todo, el color de la dicha á que puede aspirarse en este mundo.

LUISA

¿Color de rosa?

PEPE

No, agrisado; un tono muy dulce; la dicha que se sueña sí es de color de rosa; la que puede lograrse,

la de la vida, es siempre gris, el color de la melancolía resignada, de la tristeza bondadosa que sonríe y perdona y ama.

LUISA

Yo tengo un vestido gris, no sé si será de ese tono exacto; me lo pondré un día para parecerme á tu cromo inglés, digo, á tu ideal; será en lo único que me parezca.

PEPE

Y yo, ¿qué he de hacer para parecerme á tu ideal?...

LUISA

¿A mi marido ideal? ¡Ay! Yo sé perfectamente cómo no ha de ser; pero cómo ha de ser no sabría decirlo.

PEPE

¿Y cómo no ha de ser?

LUISA

De muchos modos. No creas, los defectos grandes no me asustan tanto como los pequeños, esos defectillos que hasta parecen gracias y son los más peligrosos para la intimidad de toda la vida. Por ejemplo: yo tengo una amiga que se ha casado con un muchacho ejemplar, un modelo, todo el mundo lo dice; pues el otro día estuvieron aquí de visita, y por un solo detalle me atrevo á pronosticar que no serían felices. Verás, parece una tontería; el marido le dijo á su mujer: "Merceditas: llevas un descosido." Y se lo dijo de un modo que indicaba que

en aquel matrimonio el marido sería siempre el primero que viera los descosidos.

PEPE

¡Qué gracioso!

LUISA

Es que aquello sólo indicaba un cambio de papeles muy antipático. Pues ¿qué me dices cuando en un matrimonio es el marido el que tiene que advertir que se gasta mucho? ¡Qué cosa más fea cuando la mujer está á todas horas: "Yo compraría esto, yo tendría esto otro"; y el marido: "Que la vida es muy cara, que no podemos gastar tanto..."! En cambio, ¿hay nada más bonito para una mujer que, sin pedir nunca nada, verse obsequiada por su marido de cuando en cuando con cualquier regalito, y, disimulando mal la alegría, reprenderle cariñosa: "¿Por qué has comprado esto? No estamos para gastos; te habrán llevado un dineral, y es de muy buen gusto", aunque sea un mamarracho y sepamos que le ha costado tres pesetas?

PEPE

Sabes mucho...

LUISA

Es mi sistema con papá, y así consigo que siempre me esté regalando, algunas veces cosas horribles; pero ¡libreme Dios de decírselo! Y lo mismo haría con mi marido. Hay mujeres tan mal educadas que cambian en las tiendas los regalos que las traen sus pobrecitos maridos, tan ufanos, creyendo-

los del mejor gusto... Tú dirás que en qué cosas me fijo y á qué detalles doy importancia...

PEPE

No, no; estamos conformes... Yo también doy mucha importancia á los detalles... y pienso como tú...

LUISA

Así comprenderás que no estaba dispuesta á casarme contigo, ni con nadie, sólo por complacer á papá.

PEPE

Ni yo contigo, puedes creerlo.

LUISA

Creían, porque á ellos les conviniera... Afortunadamente verán que los dos estamos de acuerdo, y no habrá desaire por parte de ninguno.

PEPE

Por mi parte nunca lo hubiera habido; me hubiera presentado aquí como novio por no contrariar á papá, y hubiera hecho todo lo posible por parecerle mal.

LUISA

Pues hubiera sido un noviazgo famoso, porque yo pensaba también parecerle insoportable.

PEPE

Afortunadamente has tenido una gran idea; después de esta entrevista...

LUISA

¿No era lo mejor? Hablar claro; hablando se entiende la gente; ya lo has visto: hablando aquí, á solas, sin fingimientos, dejándonos llevar de la conversación sin querer...

PEPE

Y sin querernos... he descubierto que tengo una prima encantadora.

LUISA

Y yo, que tengo un primo muy simpático y muy razonable, que piensa como yo en muchas cosas de la vida.

PEPE

Es que piensas muy bien en todo.

LUISA

De manera que nuestros padres, si no consiguen lo que se proponen, han conseguido algo mejor para nosotros: que desde hoy nos estimemos de verdad; cuando antes, á mí, te lo confieso, me eras indiferente, pero muy indiferente.

PEPE

Como tú á mí.

LUISA

¡Y querían casarnos!

PEPE

Ya ves. ¿Cómo era posible?

LUISA

Me parece que nunca se habrá descompuesto una boda más amistosamente.

PEPE

De seguro que, casándonos, no estaríamos tan contentos el uno del otro.

LUISA

Ya quisiera yo, si algún día me caso, que mi marido se parezca á ti en algo.

PEPE

Y yo, que mi mujer se parezca á ti en todo.

LUISA

¿De veras?... ¿De qué te ríes?

PEPE

Peró ¿te has fijado en lo que estamos diciendo?

LUISA

¿En?... Pues es verdad. Pero ¡qué tontos! ¡Qué tontos! Ahora resulta que casi nos hemos enamorado el uno del otro.

PEPE

Y que, en vista de eso, decidimos no casarnos... ¿Qué te parece? Es gracioso...

LUISA

Sí; es gracioso...

ESCENA II

DICHOS y *la DONCELLA.*

DONCELLA

¡Señorita! Su tío de usted sale en este momento del despacho.

PEPE

Ha terminado la conferencia.

LUISA

Y nuestra conspiración. En cuanto baje tu padre la escalera, sales por aquí. Papá vendrá en seguida á darme cuenta del resultado de la entrevista... ¡Si supiera!

DONCELLA

Han cerrado la puerta de la calle.

LUISA

Pues, anda... vete...

PEPE

Yo quisiera saber, ya que estoy aquí... ¿No podría esperar?...

LUISA

Si papá te ve...

DONCELLA

Sí, en mi cuarto; venga usted.

LUISA

No, no; si le ve alguien...

DONCELLA

Descuide usted, señorita. Diré que ha venido por mí... y lo creerán.

LUISA

Pronto; papá viene.

DONCELLA

Venga usted... (*Salen PEPE y la DONCELLA.*)

ESCENA III

LUISA, DON MANUEL y *después PEPE.*

LUISA

¿Qué tienes, papá? ¿No me contestas? Yo creí que tendrías que hablarme...

MANUEL

No,

LUISA

¿No estaba tío Carlos contigo?

MANUEL

Sí.

LUISA

¿A qué ha venido tan temprano?

MANUEL

A nada.

LUISA

¿Estás seguro? Vaya, papá, lo que te sucede es

que tienes que decirme muchas cosas y no sabes cómo empezar.

MANUEL

No tengo que decirte nada. Y, sobre todo, no vuelvas á mentar á tu tío. ¡Ha muerto para mí!

LUISA

Entonces... mi primo Pepe...

MANUEL

Ha muerto también.

LUISA

Te advierto que hoy es turno tercero.

MANUEL

¿Y qué?

LUISA

Nada; que con tanto luto en la familia no me parece bien que vayamos al teatro.

MANUEL

¡Turno tercero! ¡Turno tercero! ¡No me importa! Desde hoy te acompañaré todas las noches al teatro, te divertirás, nos divertiremos. No estés triste, hija mía. ¿Se creará tu tío que no hay más hombre que tu primo?

LUISA

Pero es que...

MANUEL

¡Y por cuestión de intereses! ¡Qué falta de decoro! Cuando yo, haciendo un sacrificio y por tratarse

de ellos, te dotaba con mis dos mejores fincas y algo de papel y unos créditos que pueden cobrarse, ¿con qué dirás que se descuelga tu tío? Con que él no se desprende de nada, que os pasará un tanto, pero nada más. Conozco yo los tantos de tu tío: os lo pasaría un mes, ¡viejo avariento!, y después os dejaría morir de hambre. Porque yo os doy lo suficiente para la casa, y el coche, y los viajes de verano; pero si él no os da nada, no tendréis qué comer. Y ¿cómo vais á vivir sin comer?

LUISA

Es verdad; sin comer y con coche... De modo que ¿habéis regañado?

MANUEL

¡No tienes idea! Le he dicho lo que pensaba de él hace mucho tiempo y del botarate de su hijo...

LUISA

Pero, ¿qué sabe Pepe?...

MANUEL

Para cuando lo sepa.

LUISA

¡Ay, papá, estás muy alterado!

MANUEL

Es que no puedo con las gentes que todo lo sacrifican al interés, como si todo fuera cuestión de dinero en la vida y eso valiera la pena de descomponer una familia. ¡Un tanto! ¡Un tanto! Y el

viejo marrullero ni siquiera quería firmar, para no comprometerse á nada. ¿Pensaba que yo iba á casarte sin garantías?

LUISA

Es la moda, papá.

MANUEL

No lo echas á broma.

LUISA

Al contrario. Es decir, que vosotros disponéis y os indisponéis cuando os conviene, sin contar para nada con nosotros, como si Pepe y yo fuéramos dos chiquillos sin voluntad y sin corazón; ni antes os importaba que no nos quisiéramos, ni ahora, que pudiéramos querernos. ¿No es eso?

MANUEL

Querrás decirme que estás enamorada de tu primo...

LUISA

Supongamos que lo estuviera.

MANUEL

Dejémonos de suposiciones... (*Entra PEPE.*)

PEPE

Sí, dejémonos. Yo estoy enamorado de Luisa.

MANUEL

¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?

PEPE

Significa que, mientras ustedes hablaban de intereses, nosotros hemos dejado hablar á nuestro corazón; y como hablando, hablando se entiende la gente...

LUISA

Hemos decidido lo contrario de ustedes: casarnos.

MANUEL

Así... en media hora. ¡Estáis locos!

LUISA

¿Qué quiere usted? Media hora de conversación, convenciéndonos de que no debíamos casarnos, nos ha dado á conocer mejor que dos años de relaciones para casarnos.

PEPE

No teníamos por qué fingir.

LUISA

Ni por qué engañarnos.

PEPE

Hemos hablado con franqueza, decididos á no querernos.

LUISA

Y sin querer, sin querer...

MANUEL

Eso creéis vosotros. ¡No habréis coqueteado poco!

En fin: por mi parte, si os engañáis, y, creyendo conoceros á fondo, os conocéis menos que nunca...

PEPE

Ya no es preciso que nos conozcamos más.

LUISA

Ahora nos basta con querernos mucho.

TELON

VILANOS